

lograba un aumento de rentas, debido ora á los nuevos métodos de agricultura, ora á la baja de los valores monetarios. El marqués no estaba iniciado en los detalles ni en la administración de sus bienes, y la revelación de las excesivas precauciones empleadas para unir *los dos extremos del año*, como dicen las amas de casa, le hubiese hecho el efecto de un rayo. Al ver que no tardaría en llegar el término de su carrera, todo el mundo temía disipar sus errores. La grandeza de la casa de Esgrignon, en la que nadie pensaba y la cual era completamente desconocida fuera del departamento, reaparecía á los ojos del marqués y de sus partidarios en todo su brillo. La casa de Esgrignon iba á adquirir un nuevo grado de esplendor en la persona de Victoriano en el momento en que los nobles expulsados entrasen en posesión de sus bienes y cuando este hermoso heredero pudiese aparecer en la corte para entrar al servicio del rey ó para casarse, como hacían antaño los Esgrignon, con una Navarreins, una Cadiñán, una Uxelles, una Beauseant, una Blamont-Chauvry, en una palabra, con una muchacha que reuniese todas las distinciones de la belleza, de la nobleza, del talento, de la riqueza y del carácter. Las personas que iban á pasar la noche á su casa, como eran el Caballero, los Troisville, los La Roche-Guyon, los Gasterán y el duque de Verneuil, acostumbrados hacía ya mucho tiempo á considerar al marqués como un inmenso personaje, le confirmaban en sus creencias, y esta creencia no tenía nada de engañosa y hubiera sido justa si se hubiesen podido borrar los cuarenta últimos años de la historia de Francia. Pero las consagraciones más respetables y más verdaderas del derecho no existen á no ser ratificadas por un consentimiento universal, y á los Esgrignon les faltaba el conocimiento de la política actual y el dinero, ese gran relieve de la aristocracia moderna, y les faltaba también la continuación de lo *histórico*, ó sea ese renombre que lo mismo se adquiere en la corte que en los campos de batalla, en la tribuna que en los salones de la diplomacia, con la ayuda de un libro que con motivo de una aventura, y que es como una ampolla santa derramada sobre la cabeza de cada nueva generación. Una familia noble, inactiva y olvidada, es como una muchacha tonta, fea, pobre y juiciosa, los cuatro puntos cardinales de la desgracia. El casamiento de una señorita de Troisville con el general Montcornet, lejos de instruir al Gabinete de los Antiguos,

estuvo á punto de causar una ruptura entre los Troisville y el salón de Esgrignon, el cual declaró que los Troisville se injuriaban.

De toda aquella gente, sólo había una persona que no participaba de sus ilusiones, y esta persona era el anciano notario Chesnel. Sin embargo de que su adhesión por aquella gran familia reducida á tres personas fuese absoluta, y aunque aceptase todas estas ideas y las considerase de buena ley, tenía demasiado buen sentido y conocía demasiado bien los negocios de la mayor parte de las familias del departamento para no seguir el inmenso movimiento de los espíritus y para no reconocer el gran cambio producido por la industria y por las costumbres modernas. El antiguo intendente veía que la Revolución había pasado de la acción devoradora de 1793 que había armado á los hombres, á las mujeres y á los niños, y que había erguido patibulos, cortado cabezas y ganado batallas europeas, á la acción tranquila de las ideas que consagraban los acontecimientos. Después de la rotura y de la siembra, venía la recolección. Para él, la Revolución había formado el espíritu de la generación nueva, veía sus hechos en el fondo de mil llagas y los encontraba irrevocablemente realizados. Aquel rey guillotinado, aquella reina en el suplicio, aquel reparto de los bienes de los nobles constituían á sus ojos compromisos que implicaban demasiados intereses para que los interesados permitiesen que nadie atacase los resultados. Chesnel veía claro. Su fanatismo por los Esgrignon era completo, sin ser ciego, y esto contribuía á hacerlo más hermoso. La fe, que hace ver á un joven monje á los ángeles del paraíso, es muy inferior al poder del monje anciano que se los enseña. El antiguo intendente se parecía al monje anciano: habría dado su vida por defender una reliquia carcomida, y cada vez que intentaba explicar con mil precauciones á su antiguo amo las *novedades* más notables empleando una forma burlesca ó afectando sorpresa y dolor, encontraba en los labios del marqués la sonrisa del profeta y en su alma la convicción de que aquellas locuras pasarían como todas las demás. Nadie ha observado lo mucho que han contribuido los acontecimientos á que aquellos nobles campeones de las ruinas persistiesen en sus creencias. ¿Qué podía responder Chesnel cuando el anciano marqués hacía un gesto imponente, y le decía: «¡Dios ha barrido á Bonaparte, á sus ejércitos y á sus grandes y nuevos vasallos,

sus tronos y sus vastas concepciones! ¡Dios nos librará del resto!» Chesnel bajaba tristemente la cabeza sin atreverse á decir: «¡Dios no querrá barrer á Francia!» ¡En vano se esforzaban ambos por convencerse! El uno se erguía contra el torrente de los hechos como un pedazo de antiguo granito en un abismo de los Alpes. El otro observaba el curso de las aguas y pensaba en utilizarlo. El bueno y venerable notario gemía ya al notar los irreparables estragos que estas nuevas creencias hacían en el espíritu, en las costumbres y en las ideas del vizconde Victoriano de Esgrignon.

Idolatrado por su tía y por su padre, Victoriano era un verdadero niño mimado que justificaba, por otra parte, las ilusiones paternas y maternas, y decimos maternas porque su tía era una verdadera madre para él, si bien es verdad que por tierna y previsorá que sea una soltera, siempre le faltará ese no sé qué del cariño de madre. La vista penetrante de la que ha dado el ser no se adquiere nunca. Una tía tan castamente unida á su sobrino como lo estaba la señorita Armanda á Victoriano, puede amarle tanto como le amaría la madre, y ser tan atenta, tan delicada y tan indulgente como una madre; pero no será severa con los miramientos y las consideraciones de la madre, y su corazón no sentirá esos presentimientos repentinos y esas alucinaciones inquietas de las madres, porque éstas, aunque separadas materialmente de su vástago, siguen aún unidas moralmente á él y gozan con sus goces y sufren con sus penas cual si fuesen propias. Si la naturaleza ha considerado á la mujer como un terreno neutro, físicamente hablando, no le ha prohibido en ciertos casos identificarse por completo con su obra: cuando la maternidad moral va unida á la maternidad material, entonces es cuando veis esos admirables fenómenos, inexplicados más bien que inexplicables, que originan las preferencias maternas. La catástrofe de esta historia prueba, pues, una vez más esta conocida verdad: una madre es irremplazable. Una madre prevé el mal mucho tiempo antes de que una muchacha como la señorita Armanda lo admita, aun después de consumado. La una prevé el desastre; la otra lo remedia. La maternidad ficticia de una soltera implica, por otra parte, adoraciones demasiado ciegas para que pueda reprender nunca á un muchacho guapo.

La práctica de la vida y la experiencia de los negocios habían comunicado al anciano notario una desconfianza ob-

servadora y perspicaz que podía sustituir al presentimiento materno; pero el pobre hombre era tan poca cosa en aquella casa, sobre todo después de haberle ocurrido aquella especie de desgracia con motivo del matrimonio proyectado por él entre una Esgrignon y Croisier, que se había propuesto seguir ciegamente las doctrinas de la familia. Siempre soldado, firme en su puesto y dispuesto á morir, su opinión no podía ser escuchada ni aun en lo más fuerte de la tormenta, á no ser que la casualidad lo colocase, como en el Anticuario al mendigante del rey, á orillas del mar en el momento en que el lord y su hija son sorprendidos allí por la marea.

Croisier había visto la posibilidad de una horrible venganza en el contrasentido de la educación dada á este noble joven, y confiando ahogar al cordero en la leche de su madre, esta esperanza le había inspirado su resignación taciturna y aquella sonrisa de salvaje.

Tan pronto como una idea pudo entrar en el cerebro de Victoriano, le inculcaron el dogma de su supremacía. A excepción del rey, todos los señores de la tierra eran sus iguales, y debajo de la nobleza no había para él más que inferiores, gentes con las cuales no tenía nada de común, enemigos vencidos, conquistados, que le debían todos respeto, y cuyas opiniones debían serle indiferentes á un hidalgo. Movido por la lógica rigurosa que conduce á los niños á las últimas consecuencias lo mismo del bien que del mal, Victoriano extremó desgraciadamente estas opiniones, si bien es verdad que sus ventajas exteriores le confirmaron, por otra parte, en ellas. Dotado de maravillosa belleza, llegó á ser el joven más apuesto que pueda desear padre alguno de la tierra. De mediana estatura, pero bien formado, era delgado y delicado en apariencia, pero musculoso, y tenía los ojos azules y brillantes de los Esgrignon, su nariz encorvada, el óvalo perfecto de su cara, sus cabellos rubios, la blancura de su tez, su elegante paso, sus graciosas extremidades, dedos afilados y remangados y líneas perfectas y delicadas que indican la raza en los hombres, al igual que los caballos. Diestro y ágil en todos los ejercicios del cuerpo, tiraba admirablemente á pistola, manejaba las armas como un san Jorge, montaba á caballo como un paladín y halagaba en fin todas las vanidades que cifran los padres en el exterior de sus hijos, vanidades muy comprensibles y muy justas, toda vez que se basan en la excesiva

influencia de la belleza. Privilegio semejante al de la nobleza, la belleza no se puede adquirir, es reconocida donde existe, vale á veces más que la fortuna y el talento, no necesita más que mostrarse para triunfar y no se le exige nada más que existir. Además de los dos grandes privilegios de la belleza y la nobleza, la casualidad había dotado á Victoriano de Esgrignon de un espíritu ardiente, de una maravillosa aptitud para comprenderlo todo, y de una gran memoria. Su instrucción había sido además perfecta, y era mucho más instruído de lo que suelen serlo los nobles de provincias, que se hacen cazadores, fumadores y propietarios muy distinguidos, pero que tratan bastante superficialmente á las ciencias y á las letras, á las artes y á la poesía, y á todos los talentos cuya superioridad les ofusca. Estos dones de la naturaleza y esta educación debían bastarle para realizar algún día las ambiciones del marqués de Esgrignon, el cual veía ya á su hijo mariscal de Francia si Victoriano quería ser militar, embajador si le tiraba la diplomacia y ministro si le agradaba la política. En fin, pensamiento halagüeño para un padre! aunque el conde no hubiese sido un Esgrignon, habría sobresalido por su propio mérito. Esta feliz infancia y esta dorada adolescencia no había encontrado nunca oposición á sus deseos. Victoriano era el rey de la casa, y nadie osaba oponerse á las voluntades de aquel pequeño príncipe, el cual se hizo, como es natural, egoísta como un príncipe, entero como el cardenal más fogoso de la edad media, é impertinente y audaz, vicios estos que todo el mundo divinizaba, viendo en ellos las cualidades esenciales del noble.

El Caballero era un hombre de aquellos buenos tiempos en que los mosqueteros grises desolaban los teatros de París, apaleaban al centinela y á los húsares y hacían mil diabluras de jovenzuelo, encontrando siempre una sonrisa en los labios del rey con tal que las diabluras tuvieran gracia. Este simpático seductor, antiguo héroe de callejuela, contribuyó mucho al desgraciado desenlace de esta historia. Este amable anciano, que no encontraba nadie que le comprendiese, se consideró muy feliz al recordar aquella admirable figura de Faublas que le recordaba su juventud. Sin apreciar la diferencia de los tiempos, inició á aquella joven alma en los principios de los corridos enciclopedistas, narrándole las anécdotas del reinado de Luis XV, glorifi-

cando las costumbres de 1750, contándole las orgías de ciertas casas, las locuras hechas por las cortesanas y las jugarretas hechas á los acreedores, poniéndole de manifiesto la moral que han suministrado lo cómico de Dancourt y lo epigramático de Beaumarchais. Desgraciadamente, esta corrupción, oculta bajo una excesiva elegancia, iba adornada de un espíritu volteriano, y si el caballero iba á veces demasiado lejos, rectificaba sus ideas y les imponía como correctivo las leyes de la buena sociedad, á las que debe siempre obedecer un buen hidalgo. Pero de todos estos discursos, Victoriano sólo comprendía lo que halagaba sus pasiones y veía ante todo á su anciano padre riéndose en compañía del Caballero. Los dos ancianos consideraban el orgullo innato de un Esgrignon como una barrera bastante fuerte contra todas las cosas inconvenientes, y nadie en la casa se imaginaba que un Esgrignon pudiese permitirse cosas contrarias al honor. El HONOR, ese gran principio monárquico, plantado en todos los corazones de aquella familia como un faro, iluminaba las menores acciones y animaba los menores pensamientos de los Esgrignon. Esta hermosa máxima que debería haber bastado por sí sola para hacer subsistir á la nobleza: «Un Esgrignon no debe permitirse tal ó cual cosa, porque lleva un nombre cuyo porvenir es solidario del pasado», era una especie de refrán con el que el anciano marqués, la señorita Armanda, Chesnel y los concurrentes al palacio habían mecido la infancia de Victoriano, y de esta suerte, lo bueno y lo malo luchaban con fuerzas iguales en aquella alma joven.

Cuando Victoriano cumplió los diez y ocho años y se paseó por la villa, notó en el mundo exterior ligeras oposiciones con el mundo interior del palacio Esgrignon; pero no procuró siquiera indagar la causas. Las causas estaban en París, y él no sabía aún que las personas que tan atrevidos pensamientos y palabras tenían por la noche en casa de su padre, se mostraban muy circunspectas en presencia de los enemigos con quienes sus intereses les obligaban á rozarse. Su padre había conquistado su franqueza; nadie pensaba en contradecir á un anciano de setenta años, y, por otra parte, todo el mundo pasaba con gusto porque un hombre violentamente despojado permaneciese fiel al antiguo orden de cosas. Engañado por las apariencias, Victoriano se echó á las espaldas á todo el vecindario de la villa, donde no

tardó en tener altercados que, con motivo de la caza y á causa de su impetuosidad, terminaron con graves procesos ahogados á fuerza de dinero por Chesnel, y de los cuales nadie se atrevió á hablar al marqués. Juzgad del asombro del marqués de Esgrignon si hubiese sabido que su hijo era perseguido por haber cazado en sus tierras, en sus dominios y en sus bosques bajo el reinado de un hijo de San Luis. Según decía Chesnel, se temía demasiado lo que podría sobrevenir para iniciarle en tamañas pequeñeces. El joven conde se permitió algunas otras trastadas fuera de casa, que fueron consideradas como amoríos por el Caballero, pero que acabaron por costar á Chesnel dotes, dados á jóvenes seducidas mediante imprudentes promesas de matrimonio; y otros procesos, llamados en el Código *substracción de menores*, los cuales hubiesen conducido Dios sabe dónde al joven conde, á no haber sido por la prudente intervención de Chesnel. Estas victorias sobre la justicia envalentonaron á Victoriano, el cual, como se hubiese acostumbrado á salir bien de sus malos pasos, no reculaba ante nada y consideraba á los tribunales como fantasma para el pueblo, pero sin peligro alguno para él. Lo que hubiera sido vituperado en un plebeyo, era para él una excusable diversión, y esta conducta, este carácter y esta inclinación á despreciar las leyes nuevas para no obedecer más que á las máximas del código noble, fueron estudiadas por algunas personas hábiles que pertenecían al partido de Croisier, y las tales personas se apoyaron en estos hechos para hacer creer al pueblo que las calumnias del liberalismo eran revelaciones y que la vuelta al antiguo orden de cosas en toda su pureza constituía el fondo de la política ministerial. ¡Qué dicha era para ellos tener una media prueba de sus asertos! El presidente Ronceret, lo mismo que el fiscal, se prestaban admirablemente á todo lo que fuese compatible con los deberes de la magistratura, y hasta iban más allá por cálculo, para que el partido liberal chillase con motivo de una concesión abusiva y para excitar las pasiones contra la casa Esgrignon fingiendo que la servían. Estos traidores tenían el proyecto de mostrarse incorruptibles cuando se tratase de un hecho grave y se vieran sostenidos por la opinión pública. Las malas disposiciones del conde fueron pérfidamente alentadas por dos ó tres jóvenes de aquellos que le hicieron la corte, que le adularon, que se captaron

sus simpatías y obedecieron á sus ideas, procurando confirmar su creencia en la supremacía del noble en una época en que el noble no había podido conservar su poder á no ser usando una extrema prudencia durante medio siglo. Croisier esperaba reducir á los Esgrignon á la última miseria, ver su castillo abatido y sus tierras vendidas en pública subasta, á causa de su debilidad por aquel joven aturdido cuyas locuras debían comprometerlo todo. Este enemigo no pasaba de aquí, y no creía, como el presidente Ronceret, que Victoriano no diese motivo para más á la justicia. La venganza de estos dos hombres estaba, por otra parte, perfectamente secundada por el excesivo amor propio de Victoriano y por su amor al placer. El hijo del presidente Ronceret, joven de diez y siete años, desempeñaba á las mil maravillas el papel de agente provocador y era uno de los compañeros más pérfidos del conde. Croisier pagaba á este espía de nuevo género, le hacía corromper á aquel noble y hermoso muchacho y le iniciaba burlescamente en el arte de estimular las malas disposiciones de su presa. Fabián de Ronceret estaba dotado precisamente de una naturaleza envidiosa y astuta, y era un joven sofista que gozaba con semejante engaño y que encontraba en él esa gran diversión que falta en provincias á las gentes de ingenio.

De los diez y ocho á los veintiún años, Victoriano costó cerca de ochenta mil francos al pobre notario, sin que la señorita Armada y el anciano marqués supiesen una palabra. Más de la mitad de esta suma había sido empleada en anular los procesos, y el resto en los despilfarros del joven. De los diez mil francos de renta del marqués, cinco mil eran necesarios para el sostenimiento de la casa; los gastos de la señorita Armada, no obstante su parsimonia, y los del marqués, ascendían á dos mil francos, y, por lo tanto, la pensión del hermoso y presunto heredero quedaba reducida á cien luises. ¡Qué eran dos mil francos para presentarse convenientemente? En vestir solamente gastaba Victoriano esta renta, pues encargaba su ropa interior, los trajes, los guantes y la perfumería á París. Victoriano había querido un bonito caballo de silla inglés y un caballo de tálburi. El señor Croisier tenía un caballo inglés y un tálburi. ¡Había de dejarse aplastar la nobleza por los plebeyos? Después el joven conde había querido un *groom* con la librea de su casa. Halagado con la idea de imponer la moda á la villa, al departamento

y á la juventud, el joven conde penetró de lleno en el mundo de las fantasías y del lujo, mundo que tan bien sienta á la juventud hermosa é inteligente. Chesnel daba medios para todo, no sin usar como los antiguos parlamentos el derecho de amonestación, si bien con una dulzura angelical.

—¡Qué lástima que un hombre tan bueno sea tan cargante!— se decía Victoriano cada vez que el notario empleaba alguna suma en deshacer algún entuerto.

Viudo y sin hijos, Chesnel había adoptado en el fondo de su corazón al hijo de su antiguo amo, y sentía un goce inmenso viéndole atravesar la calle mayor de la villa guiando su tílburí con el látigo en la mano, una rosa en el ojal, guapo, bien vestido y envidiado de todos. Cuando, por una necesidad urgente, como una pérdida en el juego en casa de los Troisville, de Verneuil, del recaudador general ó en la prefectura, iba Victoriano á buscar á su Providencia, al anciano notario, en su modesta casa de la calle de Bercail, no hacía más que presentarse para tener logrado su objeto.

—¿Qué hay, señor conde? ¿qué le ha ocurrido á usted?— le preguntaba el anciano con voz alterada.

En las grandes ocasiones, Victoriano se sentaba, afectaba cierto aire melancólico y soñador y se dejaba interrogar haciendo remilgos. Después de haber causado las mayores ansiedades al buen hombre, que empezaba á temer las consecuencias de una disipación constante, confesaba un pecadillo saldado con un billete de mil francos. Además de su estudio, Chesnel poseía aún doce mil francos de renta. Estos fondos no eran inagotables. Los ochenta mil francos devorados constituían sus economías reservadas para la época en que el marqués enviase á su hijo á París ó para facilitarle un buen matrimonio. Clarividente cuando Victoriano no estaba allí, Chesnel perdía una á una las ilusiones que acariciaban el marqués y su hermana, y reconociendo en aquel muchacho una falta absoluta de talento para conducirse en la vida deseaba casarlo con alguna muchacha noble, juiciosa y prudente. Viéndole hacer al día siguiente lo contrario de lo que había prometido la víspera, Chesnel se preguntaba como era posible que un joven pensase tan bien y obrase tan mal. Pero nunca hay que esperar nada bueno de los jóvenes que confiesan sus faltas y se arrepienten de ellas para volver á incurrir en las mismas. Los hombres de gran carácter no confiesan sus faltas más que á sí mismos y se castigan por sí

solos. Respecto á los débiles, vuelven á caer en el abismo cuyos bordes no saben costear. Victoriano, á quien semejantes tutores, de acuerdo con sus compañeros y sus costumbres, le habían suavizado el resorte del orgullo secreto de los grandes hombres, había llegado de pronto á la debilidad de los voluptuosos en el momento de su vida en que, para ejercitarse, su fuerza había necesitado el régimen de contrariedad y de miserias que formó á los príncipes Eugenio, á los Federico II y á los Napoleón. Chesnel veía en Victoriano un indomable furor por los goces, que debe ser la panacea de los hombres dotados de grandes facultades y que sienten la necesidad de contrabalancear su fatigante ejercicio con iguales compensaciones en placeres, pero que conducen á un abismo á las gentes hábiles solamente para las voluptuosidades. El buen hombre se asustaba á veces, pero á veces también las profundas salidas y el vasto ingenio que hacían á aquel joven tan notable, le tranquilizaban. Acababa por decirse lo mismo que decía el marqués siempre que llegaba á sus oídos el rumor de alguna escapada:

—Son cosas de la juventud.

Cuando Chesnel se quejaba al Caballero de la propensión que el joven conde tenía á contraer deudas, el Caballero le escuchaba amasando una toma de tabaco con aire burlón.

—Pero explíquese usted entonces lo que es la Deuda Pública, mi querido Chesnel—le decía.—¡Eh! que diantre; si Francia tiene deudas, ¿por qué no ha de tenerlas Victoriano? Hoy, como siempre, los príncipes tienen deudas. Todos los hidalgos tienen deudas. ¿Querría usted acaso que Victoriano le trajera economías? ¿Sabe usted lo que hizo nuestro gran Richelieu, no el cardenal, que era un miserable que mataba á la nobleza, sino el mariscal, cuando su nieto el príncipe de Chinón, el último de los Richelieu, le hizo ver que no había gastado en la universidad el dinero que le habían dado para sus gastos?

—No, señor Caballero.

—Pues bien, arrojó la bolsa por una ventana á un barrennero, diciéndole á su nieto: «¡Cómo! ¿no has sabido aprender á ser príncipe?»

Chesnel bajaba la cabeza sin decir palabra, pero por la noche, antes de dormirse, pensaba que aquellas doctrinas eran funestas en una época en que la policía existía para

todo el mundo, y veía en ella el germen de la ruina de la gran casa de Esgrignon.

Sin estas explicaciones, que describen todo un aspecto de la historia de la vida de provincias en tiempo del Imperio y de la Restauración, hubiese sido difícil comprender la escena que da comienzo á esta aventura que tuvo lugar á fines del mes de octubre del año 1822 en el Gabinete de los Antiguos, una noche después del juego, cuando los nobles concurrentes, las viejas condesas, las jóvenes marquesas y los sencillos barones hubieron saldado sus cuentas. El anciano hidalgo se paseaba á lo largo de su salón, mientras que la señorita Esgrignon iba apagando una á una las bujías de las mesas de juego; pero no se paseaba sólo, sino en compañía del Caballero. Estos dos despojos del siglo precedente hablaron de Victoriano, pues el Caballero había aceptado el encargo de hacerle al marqués algunas manifestaciones.

—Sí, marqués—decía el Caballero,—su hijo pierde aquí el tiempo y la juventud y creo llegada la hora de enviarle á la corte.

—Siempre he pensado que si mi mucha edad me impidiese ir á la corte, donde, como usted no ignora, no sé lo que haría al ver lo que ocurre y al hallarme sobre todo entre gentes nuevas á quienes recibe el rey, enviaría al menos á mi hijo á presentar nuestros homenajes á Su Majestad. El rey debe dar algo al conde, algo así como el mando de un regimiento, un empleo en su casa, en fin, alguna cosa que pueda hacerle medrar. Mi tío el arzobispo ha sufrido un cruel martirio, y yo he guerreado sin abandonar el campo, como todos aquellos que creyeron un deber seguir á los príncipes: á mi juicio el rey estaba en Francia y su nobleza debía rodearle. Y sin embargo, ya ve usted que nadie piensa en nosotros, mientras que Enrique IV hubiera escrito ya á los Esgrignon diciéndoles: *Venid, amigos míos, hemos ganado la partida*. En fin, creo que valemos más que los Troisville, y ahí tiene usted á dos Troisville, nombrado el uno par de Francia y el otro diputado de la nobleza. A decir verdad, lo mismo piensan en nosotros que si no existiésemos. Yo esperaba el viaje que los príncipes tenían que hacer aquí, pero puesto que los príncipes no vienen á nosotros, será preciso ir á ellos.

—Me produce honda satisfacción el saber que piensa usted presentar á Victoriano en el gran mundo, pues esta villa es

un agujero en el que no debe de enterrar su talento. Todo lo más que puede encontrar aquí es alguna normanda necia, mal educada y rica. ¿Y qué haría de ella? ¿casarse? ¡oh! de ningún modo.

—Yo confío en que no se casará hasta después de logrado algún puesto en el reino ó en la corona—dijo el anciano marqués.—Pero hay graves dificultades.

He aquí las únicas dificultades que veía el marqués para que su hijo hiciese carrera:

—Mi hijo—repuso después de una pausa producida por un suspiro—no puede presentarse como un descamisado, y es preciso equiparle. Pero ¡ay de mí! ya no tenemos, como hace dos siglos, nuestros hidalgos de compañía. ¡Ah! Caballero, esta horrible demolición que contemplo hace ya tiempo, me parece imposible y creo hallarme aún en el día siguiente á aquel en que Mirabeau le dió el primer martillazo. Hoy no se trata más que de tener dinero, y esto es lo único que veo claro en los beneficios de la Restauración. El rey no pregunta ya si desciende uno de los Valois ó si es uno de los conquistadores de la Galia; sólo pregunta si se pagan mil francos de impuestos. De modo que no veo el medio de enviar al conde á la corte sin unos noventa mil escudos.

—Sí, con esa bagatela ya podrá presentarse decentemente—dijo el Caballero.

—Pues bien—dijo la señorita Armada,—he rogado á Chesnel que viniese esta noche. Caballero, ¿querrá usted creer que desde el día que Chesnel me propuso que me casara con ese miserable Croisier?...

—¡Aquello era indigno, señorita!—exclamó el Caballero.

—¡Imperdonable!—dijo el marqués.

—Pues bien—repuso la señorita Armada,—mi hermano no se ha decidido á pedirle nada absolutamente á Chesnel.

—¡A su antiguo criado!—repuso el Caballero.—¡Ah! marqués. Pero si le haría usted un gran honor á Chesnel, un honor del que se mostraría orgulloso hasta el último momento de su vida.

—No—respondió el hidalgo,—no encuentro la cosa digna.

—No se trata aquí de cosa digna, sino de cosa necesaria—repuso el Caballero encogiéndose de hombros.

—¡Nunca!—exclamó el marqués respondiendo con un gesto que decidió al Caballero á intentar una última y arriesgada tentativa para iluminar al anciano.

—Pues bien—dijo el Caballero,—si usted no lo sabe, yo le diré que Chesnel le ha dado algo á vuestro hijo, algo así...

—Mi hijo es incapaz de haber aceptado nada de Chesnel—exclamó el anciano irguiéndose é interrumpiendo al Caballero.—Habrà podido pedirle á usted veinticinco luises...

—Algo así como cien mil francos—dijo el Caballero continuando.

—¡Cómo! ¡el conde de Esgrignon debe cien mil francos á un Chesnel!—exclamó el anciano dando muestras de profundo dolor.—¡Ah! si no fuese hijo único, esta misma noche partiría para Ultramar con un título de capitán. Deber á usureros con los cuales se queda en paz mediante crecidos intereses, bueno; pero á un Chesnel, á un hombre que nos es adicto!

—Sí, mi querido marqués; nuestro adorable Victoriano se ha comido cien mil francos—repuso el Caballero sacudiéndose el polvo de tabaco que manchaba su chaleco,—lo cual es poco, ya lo sé. A su edad, yo... Pero, en fin, dejemos nuestros recuerdos, marqués. El conde está en provincias y, relativamente, ya es gastar; irá lejos. Veo en él ese desarreglo de los hombres llamados á realizar más tarde grandes cosas.

—¡Y está durmiendo arriba sin haberle dicho nada á su padre!—exclamó el marqués.

—Duerme con la inocencia del niño que sólo ha hecho desgraciadas á cinco ó seis artesanas y que necesita ahora marquesas—respondió el Caballero.

—Pero se está exponiendo á recibir una condena de real orden.

—Ya están suprimidas esa clase de condenas—exclamó el Caballero.—Cuando se ha intentado crear una justicia excepcional, ya sabe usted cómo ha gritado todo el mundo. No hemos podido mantener las audiencias prebostales, llamadas *comisiones militares* por el señor de Bonaparte.

—Pero entonces, ¿qué va á ser de nosotros cuando tengamos hijos demasiado locos ó demasiado malvados? ¿no podremos ya encerrarlos?—dijo el marqués.

El Caballero miró al desesperado padre y no se atrevió á responderle, diciéndole:

—Nos veremos obligados á educarlos bien.

—¡Y usted no me ha dicho nada de todo esto, señorita Esgrignon!—dijo el marqués interpellando á su hermana.

Estas palabras denotaban siempre gran irritación, pues de ordinario solía llamarla *hermana mía*.

—Pero señor, cuando un joven vivaracho y bullicioso permanece metido en una villa como ésta, ¿qué quiere usted que haga?—dijo la señorita Esgrignon, que no comprendía la cólera de su hermano.

—¡Qué diantre! eso se comprende—repuso el Caballero;—juega, tiene aventuras, caza, y eso cuesta horriblemente caro.

—Vamos—se dijo el marqués,—ya es tiempo de enviárselo al rey. Mañana pasaré la mañana escribiendo á nuestros parientes.

—Yo conozco algo á los duques de Navarreins, de Lenoncourt, de Maufrigneuse y de Chaulieu—dijo el Caballero, á pesar de que sabía que apenas se acordarían de él.

—Mi querido Caballero, no hacen falta tantos preámbulos para presentar á un Esgrignon en la corte—dijo el marqués interrumpiéndole.—¡Cien mil francos!—se dijo.—Ese Chesnel es bien atrevido. He aquí los efectos de estas malditas riñas. Mi Chesnel protege á mi hijo. Y es preciso que yo le pida... No, hermana mía, usted se encargará de este asunto. Chesnel que procure asegurar lo suyo con nuestros bienes. Y después usted se encargará de echarle una reprimenda á ese aturdido, pues de otro modo acabaría por arruinarse.

El Caballero y la señorita de Esgrignon encontraban sencillas y naturales estas palabras, no obstante ser tan cómicas para cualquiera otro que las hubiera oído. Lejos de esto, aquellas dos personas se sintieron verdaderamente conmovidas al ver la expresión casi dolorosa que se pintó en las facciones del anciano. En aquel momento, el señor de Esgrignon estaba bajo el peso de cierta previsión siniestra, llegando casi á adivinar su época. Muy pensativo fué á sentarse en una poltrona en el rincón del fuego, olvidando á Chesnel, que debía llegar muy pronto y al que no quería pedir nada.

El marqués de Esgrignon tenía entonces la fisonomía que le atribuirían seguramente las imaginaciones un tanto poéticas. Su cabeza, casi calva, conservaba aún algunos cabellos blancos y sedosos detrás de la cabeza, cabellos que caían formando mechones rizados por los extremos. Su hermosa frente llena de nobleza, aquella frente que se admira en la cabeza de Luis XV, en la de Beaumarchais y en la de Richelieu, no poseía ni la amplitud de la del mariscal de Sajo-

nia, ni el círculo pequeño de Voltaire, pero sí tenía una graciosa forma convexa suavemente modelada, con sienas blandas y doradas. En sus ojos brillaba ese valor y ese fuego que no bastan á apagar los años. Tenía la nariz de los Condé y la cariñosa boca de los Borbones, de la que no salen más que palabras ocurrentes ó buenas, como las que decía siempre el conde de Artois. Sus mejillas estaban en armonía con su cuerpo seco, sus piernas finas y sus manos llenas. Llevaba el cuello rodeado de una corbata puesta como la de los marqueses representados en todos los grabados que adornan las obras del siglo pasado, y que podéis ver lo mismo en Saint-Preux que en Lovelace, en los héroes del burgués Diderot que en los del elegante Montesquieu (véase las primeras ediciones de sus obras). El marqués llevaba siempre un chaleco blanco con bordados de oro, sobre el cual brillaba la cinta del comendador de San Luis, y una levita azul con grandes faldones, singular traje que había adoptado el rey; pero el marqués no había abandonado el calzón francés, ni las medias de seda blanca, ni las hebillas, y desde la seis de la tarde se le veía ya vestido de este modo. No leía más que *El Cotidiano* y *La Gaceta de Francia*, dos periódicos que eran acusados de obscurantismo y de mil enormidades monárquicas y religiosas por los diarios constitucionales, y que el marqués encontraba llenos de herejías y de ideas revolucionarias. Por exagerados que sean los órganos de una opinión, están siempre por debajo de los puritanos de su partido, del mismo modo que el pintor de este magnífico personaje será seguramente tachado de haber ido más allá de la verdad, cuando, por el contrario, suaviza algunos tonos demasiado duros y ardientes de su modelo. El marqués de Esgrignon había apoyado los codos en las rodillas y mantenía la cabeza entre las dos manos. Durante todo el tiempo que él meditó, la señorita Armanda y el Caballero se miraron sin comunicarse sus ideas. ¿Sufría el marqués ante la idea de deber el porvenir de su hijo á su intendente? ¿Dudaba de la acogida que podían hacerle al señor conde? ¿Lamentaba el no haber preparado nada para la entrada de su heredero en el brillante mundo de la corte, permaneciendo en el fondo de su provincia retenido por su pobreza? El anciano lanzó un profundo suspiro al levantar la cabeza. Este suspiro era uno de los que lanzaba entonces la aristocracia verdadera y leal, la de los hidalgos de provincias, tan olvidados como

la mayor parte de los que habían cogido su espada y resistido durante la tormenta.

—¿Qué se ha hecho por los Montauran, por los Guenic, por los Fontaine, por los Bauvan, que no se sometieron nunca?—se dijo en voz baja.—A los que han luchado más valerosamente, se les han dado miserables pensiones ó el mando de alguna fortaleza en la frontera.

Evidentemente, el marqués dudaba del rey. La señorita de Esgrignon procuraba tranquilizar á su hermano acerca del porvenir de aquel viaje, cuando se oyeron unos pasos que anunciaban la llegada de Chesnel, resonando en las aceras de la calle á lo largo del salón. El notario no tardó en presentarse en la puerta, y José, el antiguo ayuda de cámara del conde, abrió sin anunciar.

—Chesnel, hijo mío...

El notario tenía sesenta y nueve años, cabeza canosa, cara redonda y venerable, y llevaba calzones de una anchura que hubiese merecido de Sterne una descripción épica; medias forradas, zapatos con hebillas de plata, levita y un gran chaleco de tutor.

—...Has estado muy jactancioso prestando dinero al conde de Esgrignon. Merecerías que te lo devolviese al instante y que no volviésemos á vernos nunca, pues has dado alas á sus vicios.

Hubo un momento de silencio, como en la corte cuando el rey reprende públicamente á un cortesano. El anciano notario tenía una actitud humilde y contrita.

—Chesnel—repuso el marqués con bondad,—ese hijo me inquieta y quiero enviarle á París para que sirva allí al rey. Tú te entenderás con mi hermana para preparar lo necesario para su marcha... Después arreglaremos nuestras cuentas.

El marqués se retiró gravemente, saludando á Chesnel con un gesto familiar.

—Doy las gracias al señor marqués por sus bondades—dijo el anciano, que permanecía de pie.

La señorita Armanda se levantó para acompañar á su hermano. Como había llamado, el ayuda de cámara estaba ya en la puerta con una luz en la mano para ir á acostar á su amo.

—Siéntese usted, Chesnel—dijo la solterona volviendo.

Con sus delicadezas de mujer, la señorita Armanda libraba de toda rudeza al trato del marqués con su antiguo inten-

dente; bien es verdad que debajo de aquella rudeza Chesnel adivinaba un magnífico afecto. El apego del marqués á su antiguo criado constituía una pasión semejante á la que el amo siente por su perro y que le llevaría á pegarse con cualquiera que le diese una patada al animal: lo considera como una parte integrante de su existencia, como una cosa que sin ser él mismo, le representa en lo que tiene de más caro, en los sentimientos.

—Señorita, ya era tiempo de hacer que el señor conde dejase la villa—dijo sentenciosamente el notario.

—Sí—respondió aquélla.—¿Se ha permitido alguna nueva escapada?

—No, señorita.

—Pues entonces, ¿por qué le acusa usted?

—Señorita, yo no le acuso. Estoy muy lejos de acusarle, ni tampoco le acusaría nunca, hiciese lo que hiciese.

La conversación decayó. El Caballero, ser eminentemente comprensivo, se puso á bostezar como hombre rendido por el sueño, y excusándose graciosamente, salió con tantas ganas de dormir como de tirarse al mar: el demonio de la curiosidad le abría los ojos, y con su delicada mano quitaba el algodón que se había puesto en los oídos.

—Bueno, Chesnel, ¿hay algo de nuevo?—dijo la señorita de Esgrignon con inquietud.

—Sí—respondió Chesnel.—Se trata de cosas que no es posible explicar al señor marqués, porque caería muerto de apoplejía.

—Diga usted—repuso ella inclinando su hermosa cabeza contra el respaldo de la poltrona y dejando caer los brazos á lo largo del cuerpo, como el que espera un golpe de muerte sin defenderse.

—Señorita, el señor conde, que tiene tanto talento, está siendo juguete de gentes que preparan una gran venganza: quieren vernos arruinados, humillados. El presidente de la audiencia, el señor Ronceret, tiene, como usted sabe, las más grandes pretensiones nobiliarias...

—Su abuelo era procurador—dijo la señorita Armanda.

—Lo sé—dijo el notario,—por eso no le han recibido ustedes ni va tampoco á casa de los señores de Troisville, ni á casa de los duques de Verneuil, ni á casa de los señores de Casterán; pero en cambio es uno de los sostenes del salón de Croisier. Don Fabián del Ronceret, con quien su

sobrino de usted puede alternar sin darle demasiadas confianzas (necesita amigos), pues bien, ese joven es el consejero de todas sus locuras, él y dos ó tres más que son del partido de vuestro enemigo, del enemigo del Caballero, del que no respira más que venganza contra ustedes y contra toda la nobleza. Todos esperan verles á ustedes arruinados á causa de su sobrino. Esta conspiración es dirigida por ese sicofante de Croisier, que se hace el realista; su pobre mujer, á quien ya conoce usted, lo ignora todo, y yo hubiera sabido esto antes si ella hubiera tenido oídos para oír el mal. Durante algún tiempo esos jóvenes locos no estaban en el secreto, pero á fuerza de reirse, los directores se han comprometido, los necios han comprendido, y desde las últimas calaveradas del conde soltaron algunas palabras estando borrachos. Estas palabras me han sido transmitidas por personas apenas de ver perdido á un joven tan hermoso, tan guapo y tan encantador. En este momento se le compadece. Dentro de algunos días será... no me atrevo.

—Sí, despreciado, dígalo usted, Chesnel—exclamó dolorosamente la señorita Armanda.

—¡Ay de mí! ¿cómo quiere usted que las mejores gentes de la villa, que no saben qué hacer de la mañana á la noche, dejen de murmurar de su prójimo? Han calculado ya las pérdidas que ha tenido en el juego el señor conde. De dos meses á esta parte ha gastado treinta mil francos, y todo el mundo se pregunta de dónde saca el dinero. Cuando se habla delante de mí, yo les llamo al orden. ¡Ah! pero... ¿creen ustedes, les decía yo esta mañana, que si le han arrebatado los derechos útiles y las tierras á la casa Esgrignon, que han podido hacer lo mismo con sus tesoros? El joven conde tiene derecho á obrar á su antojo, y mientras no os deba un céntimo, nada tenéis que decir.

La señorita Armanda le tendió la mano, en la que el anciano notario depositó un respetuoso beso.

—Buen Chesnel, amigo mío, ¿cómo encontrará usted los fondos para ese viaje? Victoriano no puede ir á la corte sin sostener cierto rango.

—¡Oh! señorita, yo he pedido dinero sobre el Jard.

—¡Cómo! ¿no tenía usted ya nada? ¡Dios mío!—exclamó. ¿Cómo haremos nosotros para recompensarle?

—Aceptando los cien mil francos que yo tengo á su disposición. Ya comprenderá usted que el préstamo ha sido